

Nadaísmo, saldo en rojo

Escribe: DANIEL SAMPER PIZANO

Han pasado casi diez años desde que empezó a mencionarse —en cafés, tertuliaderos, suplementos literarios, librerías y reuniones— el movimiento nadaísta del cual es padre y pontífice, “estrella” y activista Gonzalo Arango, Gonzaloarango o gonzaloarango.

Cuando irrumpió el nadaísmo en nuestra literatura, produjo algo de zozobra, un poco de sorpresa y, sobre todo, mucho de expectación. La gente, la crítica, se sacudió ante la llegada del niño prodigio Gonzalo Arango y de su séquito, que fue aumentando a medida que algunos jóvenes se daban cuenta —gracias al cine de la nueva ola francesa, algunas revistas extranjeras y los libros de Sartre, Simone de Beauvoir y Christine Rochefort— de que eran una juventud incomprendida. Los nadaístas empezaron a espaciar los interregnos de lucha, a dejarse crecer la barba y el pelo, y a meterse, desaliñados, a cafeterías como El Cisne y el Automático de Bogotá, o librerías como la de Aguirre, en Medellín. Tres o cuatro niñas de esas que hoy se llamarían —a la luz del nuevo cine sueco— “liberadas”, se pusieron las primeras medias negras hasta el talle, en tanto que algunos de sus compañeros comenzaron a vestir suéter sin camiseta debajo. En los artículos de prensa escritos por Gonzalo Arango se leyeron las primeras palabras feas y las tomaduras de pelo iniciales a todo mundo. Algunos muchachos entraron a una iglesia en Medellín, bailaron sobre las hostias y por poco son linchados. Arango envió un cuento al concurso sobre este género que organizó *El Tiempo* en 1958, y ganó el tercer premio. Había empezado el nadaísmo.

La gente, la crítica, recibió con sorpresa a los recién llegados. Los centenaristas —influídos en buena parte por la languidez física de los jóvenes— se apresuraron a condenar la nueva promoción. Y cuando leyeron el *Poema Ser* del pelinegro ese que marchaba al frente de todos, se escandalizaron porque allí decía: “Ser un semáforo bajo la lluvia/ser un rayo sobre un pararrayo/ser un papagayo/ser un aviso luminoso a las seis de la tarde”. Se escandalizaron, pues, por eso, y porque había gente que a tal cosa llamaba “poesía”.

Otras personas —unos pocos de los pocos críticos que así se llaman en el país— se entusiasmaron con las nuevas formas. Como quien asiste a

una película y queda desconcertado por un inesperado movimiento de cámara, se rebulleron incómodos en su asiento con una sonrisa de concesión y se propusieron leer cuanto llegase a sus manos con origen en esa nueva generación literaria, cuyos personajes comenzaron a llamarse con los más extraños nombres: X-504, J. Mario, Amilkar U., el Monje loco.

El nadaísmo llegaba como algo decididamente nuevo y atractivo. A la vez presentaba rostros desconocidos —Fanny Buitrago, Eduardo Escobar, Darío Lemos—, y prohijaba otros antes ya vistos pero que, como Héctor Rojas Herazo, no se atrevieron o no quisieron figurar solos, independientes en el panorama de las letras. Sino que, temerosos de perecer ahogados en la marea nadaísta, prefirieron unirse a ella, y correr con ella la suerte que viniese.

“Tercer Mundo” les abrió sus puertas y salieron los primeros libros: *Sexo y saxofón* y *El hostigante verano de los dioses*. Junto con estos, *Respirando el verano* del hijo adoptivo del movimiento. La gente, la crítica, compró los libros, los leyó y gustó de ellos con una sola condición: que eso no fuera todo. Que eso fuera, apenas, el comienzo de algo más grande y más serio. De todos modos, existía un nuevo aporte, una cuestión distinta en materia literaria: el tema urbano se había incorporado a la novela y a la poesía, sacando del falso, florido y fácil letargo campestre en que se encontraba, a la literatura nacional; la crudeza estaba presente; se hablaba de una nueva concepción y una revolución formal en la poesía; la técnica novelística era diferente; se agotaron los volúmenes y la crítica, como quien ha tomado apenas un aperitivo, quedó en espera del resto del almuerzo.

El movimiento empezaba a expandirse más. Sus miembros se habían empeñado en una gran campaña de publicidad generacional que luego degeneró en propaganda personal. Los poemas nadaístas proclamaban al nadaísmo como la última maravilla del mundo, los escritos se preocupaban en hacer autobombo al movimiento, todos los comulgantes con la nueva ola literaria proclamaban que eran los únicos de vanguardia, los únicos liberados, los únicos puros. Y, a la par con este recalcitrante narcicismo (“Soy el mejor del mundo”, dijo Paulo Gallinazu), venía la detracción absoluta y total de lo que les llegaba.

Las filas del nadaísmo se engrosaron por un fenómeno sumamente simple: para los escritores últimos era más fácil marchar en unión con un desfile ya creado, que emprender por su cuenta el trabajo. A más de esto, Gonzalo Arango —inteligente y astuto— no vaciló en rotular con el sello oficial del nadaísmo a los valores jóvenes que procuraban surgir independientemente, como en el caso de Mario Rivero, quien, de la noche a la mañana, se encontró figurando en antologías nadaístas sin necesidad —ni intención, siquiera— de solicitar previamente carnet de afiliación al eje.

La expectativa seguía. Existía un novedoso balbuceo de cosas revolucionarias en las letras. Había que aguardar a ver qué salía de esa confusión inicial. Gonzalo Arango se había empeñado en una fuerte campaña para dar a conocer el nadaísmo, y lo había logrado. Sin embargo, este espíritu fue el que dio al traste, a la postre, con el movimiento.

Tres notas caracterizaban al grupo, comprensibles apenas como la primera etapa de un proceso: el sentido del escándalo, la obsesión de la originalidad y la aplicación del humorismo burlón. Las tres sazonadas con una dosis hartó grande de publicidad.

El sentido del escándalo, primera de ellas, había sido elemento despertador de la opinión pública. Las palabras fuertes, las ideas chocantes con el ambiente burgués de nuestras letras, la permanente arremetida contra los valores morales, religiosos y estéticos consagrados, favorecían ese ambiente de escándalo. Gonzalo Arango se quemaba el sexo con un cigarrillo manifestando que ese era el único dios. X-504 "lamía el vómito de su perro con su tremenda lengua sanguinolenta". Humberto Navarro se hacía preparar "extraños platos con esqueléticos sexos de ascetas". Alberto Escobar pedía que le injertasen "una bocina de teléfono en el ano". La gente y la crítica esperaron. Sabían ambos que el fenómeno del escándalo es casi siempre concomitante con el nacimiento de una revolución literaria.

Simultáneamente con este, se presentó la originalidad extrema. Era la originalidad por la originalidad y, más que esto, la estramboticidad. Decir cosas raras, escribir de manera incomprensible, ser distinto a todo, utilizar lo nunca utilizado, sacrificar la mayoría de las veces el sentido, en aras de la novedad; mover un mundo, con tal de no pulir un verso. La gente y la crítica también sabían que el surgimiento de una generación en el arte está rodeado, en muchas oportunidades, de un ambiente de originalidad excesiva pero que si el movimiento es consistente, la depura luego un poco, ya que esta es en un principio, lo mismo que el escándalo: piedra para llamar la atención.

Y por último, el humor socarrón, tomapelista, burlón, era otro de los factores característicos primordiales en el nadaísmo. A más de estas notas básicas, el movimiento aportaba otras menores ya esquematizadas atrás: nuevas temáticas, concepciones distintas de valores tradicionales, sentido diferente del amor, técnica novedosa, innegable agilidad, y transformación de los cauces poéticos.

Sin embargo, hubiera sido menester que estos puntos fuesen el contenido mismo de la revolución nadaísta, en tanto que los otros tres —escándalo, sátira, estramboticidad— consistieran apenas en el llamativo empaque de los demás. Empaque que, obviamente, estaría llamado a desaparecer más tarde. Sin embargo, para conocer la evolución o no evolución del nuevo fenómeno literario, había que abrir un compás de espera. Aguardar a que se aclararan un poco las cosas, y ver entonces qué quedaba del nadaísmo.

* * *

Han pasado casi dos lustros desde que saltó el niño prodigio de las letras a las páginas suplementos. Ha pasado menos tiempo, pero un lapso suficiente ya, desde que se configuró el nadaísmo —por declaratoria de sus propios miembros— en el llamado a redimir nuestra literatura.

¿Y qué ha pasado con el? Si hacemos un balance de lo que ha representado el nadaísmo en Colombia, ¿qué saldo podría liquidarse? El compás de espera ha terminado. Se le puso punto final con el concurso nadaísta de la novela, que tuvo lugar hace unas semanas. ¿Y qué queda del nadaísmo?

El balance, duro es reconocerlo, ha resultado lamentable. Lo que hubiera podido ser un movimiento para reivindicar la literatura nacional, no ha pasado de ser un carnaval de alharaca, publicidad gratuita, y vacío... vacío... vacío.

¿Qué es de Gonzalo Arango actualmente? El que fue niño terrible, infante prodigio, prematuro demonio, no ha logrado salir de esta etapa. Y se ha convertido, hoy por hoy, en adulto tonto. Lo cual es una lástima grande, porque Gonzalo Arango podría ser —sin que quepa duda— uno de los mejores escritores colombianos. Tiene la inteligencia, la habilidad, la capacidad de trabajo para serlo. Pero se ha dejado consumir por un deseo detestable de publicidad —ya no tolera críticas sin calificar de “imbécil” a quien las hace—, y por el no-decir-nada en que viene a parar toda sátira demasiado prolongada. Cuando Arango escribió su primer manifiesto tomándole el pelo a todo, el lector se desconcertó favorablemente. El segundo le agradó, y vio que “ahí podía haber algo”. El tercero, repetición de los dos primeros, lo desencantó un poco. El cuarto —aun en la misma tónica de los anteriores— le produjo aburrimiento, aunque una que otra espaciada sonrisa. El quinto solo le mereció una ojeada. Y al ver el sexto exclamó: “otra pendejada de Gonzalo Arango”.

La gran tragedia de Arango que es, repetimos, escritor inteligente y capaz pero frustrado, ha sido la de no evolucionar. Si se compara uno de sus textos más recientes —la carta a Caballero Calderón con motivo de Rubén Darío, por ejemplo— con uno de sus artículos iniciales, se verá que son casi idénticos: la burla, ante todo, la originalidad, el escándalo. El empaque, pues, la envoltura que hubiera debido arrancarse hace rato para dar paso al contenido. Otro de los factores de frustración de Gonzalo Arango ha sido ese desmedido afán de publicidad: demanda en actitud imposible a quien atacó a Sartre, escribe cartas para buscar un poco de revuelo en torno a ellas, propicia la quema de libros en un festival de vanguardia que, a decir de uno de los ganadores del certamen del cuento universitario, no pasó de ser un simple negocio para descrestar calentanos; se esmera en publicar uno o dos libros por año, aunque sean tan deplorables como *De la nada al nadaísmo*, último editado sobre el movimiento; y en un extremo de propaganda, llega a diseñar modelos femeninos. Se estancó, pues, en síntesis. Se quedó en una etapa que debería haber superado hace mucho tiempo. Hoy es el mismo de hace diez años, con las mismas de hace diez años.

Idéntico fenómeno ha sucedido con el nadaísmo todo, que es —en un noventa por ciento— Gonzalo Arango: se quedó escandalizando, asustando, “originalizando” (que se ha convertido en “repitiendo”, por comprensible proceso) y haciendo chistes. Pero no ha aportado cuanto de él se esperaba.

Eduardo Escobar, por ejemplo, que a nuestro modo de ver era la más prometedora figura de la poesía nadaísta, nos ha desilusionado con su último libro: **Invención de la uva**. Ya no es el mismo, el poeta fresco, auténtico, espontáneo de **Trece poetas nadaístas**, sino que, influído por la cantinela de los pontífices, se ha vuelto uno más en el canasto. No hay sino que comparar sus poemas de hace cuatro, seis, siete años, con los de hoy, para notar ese poco afortunado cambio. Si Escobar no busca ser él mismo, alejarse de los mandatos frustrantes de los jefes nadaístas, está perdido.

Mario Rivero, en cambio, no ha querido dejarse involucrar en la tendencia nadaísta, y su libro **Poemas urbanos**, escrito con una espontaneidad y personalidad que admiran, es uno de los mejores volúmenes publicados por nuestros poetas en los últimos años. Si Rivero es nadaísta —lo que dudamos mucho— este es el tomo más significativo en el decadente reinado de la escuela.

Fanny Buitrago es también otra excepción. Sigue siendo ella y no ha querido embarcarse en el buque nadaísta, sino que se ha limitado —y son declaraciones suyas— a observarlo desde la orilla.

El concurso fallido de la novela de vanguardia, auspiciado por los nadaístas, no ha sido el origen de los balances que han pretendido hacerse sobre ellos en las últimas semanas. Sino que ha sido el toque final del compás de espera. Como diría un maestro de historia patria, ha sido “el florero de Llorente” del nadaísmo o, como diría un profesor de literatura, “la gota que ha hecho rebasar la copa”. Es justo ahora proceder a efectuar el inventario de este movimiento.

Al cual, por supuesto, hay que reconocerle y abonarle —en equidad— varios aportes clarísimos a la literatura nacional. Ese despertar, finalmente desviado, que produjo en el país intelectual. Esa revaluación de elementos que se estaba necesitando de tiempo atrás. Esa alarma para atender a los movimientos vanguardistas. Pero el nadaísmo no logró ser sino el sacudón para buscar el progreso literario, y no pudo ser el progreso; fue la sed de una revolución, pero no alcanzó a ser la revolución; la necesidad sentida de nuevos valores, pero no —plenamente— los nuevos valores.

El nadaísmo, como movimiento, está llamado a desaparecer, entre otras cosas, porque hay muchos parásitos literarios a él adheridos. Individualmente, y si se decide a superar las etapas fáciles, podrán subsistir varios de sus integrantes. Pero el inventario del nadaísmo hay que señalarlo, hasta este momento, como un saldo en rojo.